

MANEL LOUREIRO

VEINTE



Manel Loureiro



Veinte

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Virtual Publishers, S. L., 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Ilustraciones del interior: Óscar Sarramia

Logo de Biohazard: © Shutterstock

Primera edición: octubre de 2017

Depósito legal: B. 18.081-2017

ISBN: 978-84-08-16514-9

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Todo sucedió cinco días antes de Navidad. Nadie parece tener claro dónde comenzó realmente el fenómeno, aunque eso ya es lo de menos. Porque fue rápido, abrupto.

Salvaje.

No podía ser de otra manera.

Lo de aquel hombre podía haber pasado en cualquier otro sitio. De hecho, con toda seguridad estaba ocurriendo algo por el estilo en otros muchos lugares del mundo a la vez, sin que nadie supiese que estaba representando un drama parecido y simultáneo al que estaba teniendo lugar allí.

Era una tranquila calle residencial, de casas unifamiliares a un lado y chalés adosados al otro, con sus jardines cubiertos de escarcha crujiente como azúcar glaseado. Las guirnaldas luminosas brillaban con una fuerza extraña sobre las aceras vacías, recién despejadas de nieve. Días antes los servicios municipales habían pasado por la calle, justo después de una nevada copiosa, y habían colocado un par de arcos de luces navideñas en cada esquina de la urbanización, en un estallido de luces rojas, verdes y blancas que habían dejado a los niños boquiabiertos, de la manera en la que solo se puede emocionar un pequeño.

De aquel momento ya hacía dos semanas. Ahora, en medio de aquella noche heladora, las luces brillaban sin piedad contra la negrura de fondo, compitiendo con los adornos que cada uno de los vecinos había colocado en las fachadas de sus casas. Un abigarrado conjunto de estrellas, figuras de Santa Claus y rosarios de bombillas dotaba a las aceras de un resplandor indefinido.

Fue entonces cuando empezaron a pasar cosas.

Al principio solo fue el rumor de un vehículo que se acercaba a toda velocidad. El motor gritaba de forma aguda, demasiado revolucionado, como si el conductor llevase una velocidad alta con la marcha incorrecta engranada. El ruido del coche se fue amplificando hasta que un par de gatos que revolvían cerca de un cubo de basura levantaron la cabeza alarmados. Un instante después, cuando los faros del vehículo irrumpieron en la calle, los animales salieron corriendo, asustados, intuyendo que algo no iba demasiado bien.

Era un coche pequeño, un Smart de un color blanco desvaído que casi no se adivinaba debajo de la capa de mugre que lo cubría desde el capó hasta la luna trasera. Avanzaba por el centro de la calzada dando bandazos de un lado a otro, en medio de un concierto de chirridos de neumáticos y gemidos de amortiguador. La figura del conductor apenas se adivinaba detrás del parabrisas, pero era seguro que se las veía y se las deseaba para controlar el vehículo. Un enorme rasponazo en el lado derecho demostraba a las claras que en algún instante se había golpeado con fuerza contra algo, pero había seguido en marcha, sin detenerse ni un segundo.

El cochecito dio el enésimo bandazo y se acercó peligrosamente al reborde de una de las aceras. El conductor se dio cuenta en el último momento e hizo un esfuerzo desesperado para girar el volante en la dirección opuesta, pero ya era demasiado tarde. La fuerza centrífuga llevó al pequeño turismo contra el arcén a demasiada velocidad y la rueda delantera izquierda impactó contra el bordillo de cemento con tanta fuerza que el neumático reventó con un estallido sordo y los trozos saltaron en todas direcciones.

Fue entonces cuando la física y la falta de pericia empezaron a jugar en contra del conductor, que giraba con desesperación un volante que ya no dirigía nada. El Smart se inclinó sobre las dos ruedas del mismo lado y dio la sensación de quedarse congelado en aquella postura imposible. Apenas una décima de segundo más tarde, la enorme inercia acumulada lo

lanzó por los aires, y tras volar un par de metros aterrizó con un estruendo estremecedor de cristales rotos y hierros retorcidos. El coche, transformado en una bola de acero y plástico sin control, dio cuatro vueltas de campana hasta que por fin se detuvo con un chirrido rasposo en el centro de la calzada.

Y de repente, el silencio.

No habían pasado más de treinta segundos desde que el vehículo había entrado en la calle hasta que se había quedado detenido boca abajo en medio del asfalto. Apenas medio minuto de locura, ruido y caos que había dejado un reguero de trozos de plástico, aceite, fluidos y cristales en treinta metros de calzada. El pequeño Smart, arrugado como si una mano gigante lo hubiese apretado con furia, se balanceaba sobre su techo, envuelto en un mar de crujidos y ruidos extraños, a medida que su motor se apagaba finalmente y sus ruedas dejaban de girar de forma agónica.

Durante un instante no pareció suceder nada. Entonces se oyó un gemido de dolor y la mano de un hombre apareció por el hueco que un minuto antes era la ventanilla del conductor. La mano forcejeó unos segundos con el tirador antes de que su dueño se diese cuenta de que el marco de la puerta estaba tan deformado que sería imposible abrirla de nuevo sin ayuda de los bomberos. El hombre finalmente suspiró y soltó el cinturón de seguridad que le mantenía sujeto al asiento. Al hacerlo se desplomó contra el techo con un gruñido, pero así al menos tenía espacio suficiente para retorcerse y salir de los restos arrugados del coche.

Entre resoplidos y jadeos consiguió al fin arrastrarse fuera de las ruinas del pequeño Smart. Sangraba en abundancia por una brecha en la frente, una de sus manos colgaba en un ángulo extraño y tenía la espalda picada por docenas de heridas producidas por diminutos cristales que se le habían clavado al salir del vehículo y de las que comenzaba a manar sangre, dándole cierto aspecto de Cristo flagelado.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, vestido con un traje arrugado y desgarrado en varias partes a causa

del impacto. Se palpó el cuerpo como si todavía no se creyese la enorme suerte de estar vivo y casi de una pieza después de un choque tan aparatoso. Murmurando algo para sí, dio varias vueltas y se agachó para meter de nuevo la cabeza dentro del Smart. Con un suspiro de satisfacción agarró unas gafas y se las puso. Uno de los cristales se había astillado y la montura había vivido momentos mejores, pero todavía eran funcionales.

El hombre bizqueó un par de veces tras sus gafas rotas antes de enfocar la mirada en el coche destrozado y a continuación hacia la oscuridad del extremo de la calle por la que había llegado, con una expresión de ansiedad pintada en los ojos. Fuera lo que fuese de lo que huía, resultaba lo bastante amenazador como para mantenerle alerta y aterrado incluso después de un accidente que casi le había costado la vida.

Entonces su mirada vagó por primera vez por el apacible entorno que le rodeaba y de golpe la ansiedad de su mirada fue sustituida por otra expresión muy distinta.

Una expresión de desconcierto.

Porque, pese a la brutalidad del accidente y el enorme estruendo que había provocado el Smart al volcar y arrastrarse por la calzada, ni una sola persona se había asomado a la calle para ver qué sucedía. Las luces de las ventanas seguían brillando con fuerza y de algún lugar se filtraba el sonido de un televisor a un volumen demasiado alto, pero nadie parecía haberse dado cuenta de lo que había pasado.

Como si allí no quedase nadie.

O, peor aún, como si a nadie le importase lo que sucediese fuera del confort de su hogar. Incluso aunque eso implicase la muerte de alguien.

El hombre tragó saliva y se arrebujó en su chaqueta destrozada al sentir un escalofrío. Al recordar algo de golpe, rebuscó en uno de sus bolsillos hasta sacar un teléfono móvil, que estaba milagrosamente intacto pese a la violencia del accidente. El hombre marcó un número y esperó con paciencia mientras oteaba con ansiedad en todas direcciones, incapaz de comprender qué era lo que sucedía. Lo normal hubiese sido que

a esas alturas las aceras estuviesen llenas de mirones y alguien hubiese avisado a la Policía y a los bomberos, pero la calle continuaba desierta.

El teléfono continuaba obstinadamente en silencio.

Con un gruñido de impotencia el hombre marcó varios números, siempre con el mismo resultado. El teléfono solo daba un extraño silencio mecánico, un crujido en la línea con ocasionales chirridos de contacto, pero nada más. Ni siquiera el familiar mensaje pregrabado de las operadoras indicando que no había sido posible realizar la conexión. Nada.

Algo sonó en medio de la oscuridad, justo desde la dirección por la que había llegado. Era difícil definir de qué se trataba, apenas por encima de un leve crujido (*¿O era un susurro?*). Fuera lo que fuese, resultó demasiado para el hombre en aquel instante. Una última mirada de aprensión hacia el lado más oscuro de la calle le dio fuerzas suficientes para empezar a caminar.

Los cristales rotos chirriaron bajo sus zapatos mientras se acercaba a la casa más próxima. El impacto del accidente había sido tan violento que un trozo de la defensa de plástico del Smart había salido volando hasta aterrizar en el jardín delantero del coqueto chalé adosado. El hombre lo esquivó con cuidado al pasar a su lado. El frío de la noche formaba nubes de vaho delante de su cara y la mezcla de frío y adrenalina después del accidente le hacían temblar de manera incontrolada. En un gesto reflejo, se alisó el pelo desordenado antes de apretar el timbre.

Un zumbido eléctrico sonó al otro lado de la puerta, pero nadie contestó a su llamada. Esperó diez segundos antes de presionar de nuevo el botón, ahora con más insistencia. El ruido del fondo de la calle no se había repetido, pero en la mente del conductor las sombras resultaban cada vez más incómodas. Además..., ¿era idea suya o las últimas farolas de la calle se habían apagado? Entrecerró los ojos y por un instante le dio la sensación de que allí al fondo, en lo más profundo de la oscuridad, algo se movía. No, no podía ser.

Apretó de nuevo el timbre, al tiempo que golpeaba con el puño la puerta, en un gesto de frustración. Al hacerlo dejó una mancha de sangre y aceite de motor sobre la delicada pintura blanca, pero ni siquiera se dio cuenta. El terror empezaba a reptar dentro de él, enroscándose en su alma.

—¡Hola! ¡Abran la puerta, por favor! ¡Abran! —Dudó por un momento y añadió con voz balbuceante—: He tenido un accidente y...

Su voz se apagó cuando por fin comprendió que nadie iba a abrir aquella puerta. Empezaba a sentirse aterido en medio de aquella gélida noche de diciembre. Un leve rumor a su derecha le hizo girar la cabeza. Sobre un parterre de prímulas algo mustias por el frío se derramaba la luz de un enorme ventanal. Contra una de las hojas de cristal golpeaban de forma rítmica las botas de plástico de un pequeño Santa Claus que alguien había pegado a la ventana con unas ventosas. El muñeco, colgado de una escalera de terciopelo, tenía una expresión cómica que parecía atravesar con su mirada perdida al hombre mientras sus piernecitas se sacudían empujadas por una corriente de aire invisible.

Es el sistema de calefacción, adivinó el hombre, y de pronto la idea de estar dentro de la casa, seguro, caliente, en una estancia iluminada y confortable, se le hizo absolutamente imprescindible.

Cojeando un poco —una de sus rodillas había adquirido el tamaño de un pomelo sin que él se hubiese dado cuenta— atravesó los parterres de flores de invierno dejando un rastro de hojas arrancadas y terrones revueltos. Toda su atención estaba puesta en aquella ventana y el paraíso que intuía al otro lado. Tras un par de resbalones consiguió encaramarse al bordillo de madera que recorría todo el contorno de la casa y se aupó hasta que su cara quedó a la altura del cristal.

Un gemido ahogado se escapó de su garganta mientras un puño de hielo le atenazaba las tripas.

La ventana daba a un salón amplio y agradable lleno de muebles de aspecto caro y bonitos cuadros de arte abstracto

colgados de las paredes. En una de ellas, una enorme pantalla de setenta y cinco pulgadas retransmitía uno de esos programas especiales de Navidad. Incluso desde donde estaba, el hombre podía sentir las vibraciones de la música trepidando sobre el cristal mientras un grupo pop daba saltos sobre un escenario. Cerca del televisor, al otro lado de una enorme mesa preparada para la cena, se veía un abeto algo torcido que amenazaba con caerse. El motivo de que aquel árbol estuviese inclinado era el cuerpo derrumbado a sus pies, una niña de unos siete u ocho años, desmadejada sobre los paquetes de regalo como si quisiera abrazarlos a todos a la vez.

El efecto sería enternecedor si no fuese por la sangre que empapaba su pelo rubio y se iba extendiendo en un charco bajo su cuerpecito. El brillo intermitente de las luces del árbol le daba a su rostro pálido una sensación de movimiento que hizo que al hombre se le revolviese el estómago. Pero lo de la otra esquina de la sala era mucho peor. Tres personas estaban sentadas a la mesa, ajenas al hecho de que estaban siendo observadas desde el exterior.

Ajenas a eso y a cualquier otra cosa, por supuesto, porque estaban muertas.

Tenían toda la pinta de ser una familia completa. Una hija adolescente, posiblemente la hermana de la niña tumbada debajo del árbol, contemplaba la eternidad con la boca en forma de O atrapada en un último gesto de asombro. En medio de su frente, el agujero feo de un disparo, muy parecido al de su padre sentado a su lado, solo que el disparo de este, más impreciso, había hecho tal destrozo que era difícil describir su rostro. Al otro lado de la mesa, una mujer de mediana edad yacía desmadejada sobre una silla. En la mano aún sostenía la pistola con la que había disparado a sangre fría al resto de la familia y a sus pies brillaban los casquillos vacíos. La última bala, para ella, se había abierto camino por su cabeza hasta acabar incrustada en uno de los bonitos cuadros abstractos.

El hombre tragó saliva y se dejó caer de la ventana. De re-

pende ya no sentía frío, sustituido por un calor desasosegante e inquieto.

Tropezando con los arriates de flores se dirigió hacia la siguiente casa. Cuando estaba a pocos metros pudo ver que la puerta principal estaba entreabierta y sintió que la energía de la esperanza volvía a prender en él. Subió los escalones jadeante y cuando estuvo delante de la puerta vaciló, durante un segundo, antes de empujarla.

—¿Hola? —gritó desde el zaguán de entrada, ordenado y con un bonito jarrón lleno de peonías sobre un aparador—. ¿Hay alguien en casa?

Un silencio espeso y profundo fue todo lo que obtuvo como respuesta. Tan solo se oía el murmullo apagado de un televisor donde pasaban una vieja película de los años cuarenta. El hombre dio un par de pasos vacilantes por el zaguán, sintiéndose como un intruso. Finalmente se armó de valor y cruzó la puerta que daba al salón.

Había un piano en un lado de la sala y, desplomado sobre el teclado, el cuerpo de una mujer joven y morena. En la mano aún sujetaba una botella de lejía y parte del contenido se había derramado sobre su ropa y sobre la alfombra, dejando una mancha descolorida. Sin embargo, incluso desde donde estaba, el hombre pudo ver que la joven se debía de haber bebido la mayor parte del líquido cáustico. La boca, abierta en un rictus de sufrimiento, estaba llena de quemaduras y no hacía falta ser un genio para comprender que había tenido una agonía lenta y terriblemente dolorosa.

Dio un par de pasos, apagó el televisor y la casa quedó en un repentino silencio. Se dejó caer en un sofá, incapaz de pensar con claridad. Las manos le temblaban de manera incontrolable y sentía cómo el pánico se abría paso en su cabeza como un incendio forestal en un campo seco de matojos. Un crujido leve le sacó de su ensimismamiento. Había algo (o alguien) en el piso superior. El hombre se secó las lágrimas con el dorso de la mano y comenzó a subir las escaleras de forma pesada. Toda la urgencia que había tenido antes del accidente, huyen-

do de *aquello*, se había evaporado sin que se hubiese dado cuenta. En su lugar, una sensación de miedo bloqueante había ido tomando el control de manera sibilina, difusa, como si se escurriera entre los dedos cada vez que quería pensar en ello con detenimiento y se escondiese con astucia entre sus pensamientos conscientes.

De todos modos en aquel instante su concentración estaba puesta en lo que pudiese haber en el piso de arriba. Al llegar al rellano vio que había varias habitaciones alineadas a lo largo de un pasillo y avanzó con cautela, pasando por delante de ellas y asomando apenas la cabeza en cada una antes de continuar, pero todas estaban vacías. Al final del corredor había una puerta cerrada. El crujido que había oído antes se repitió, esta vez con más fuerza. El hombre se detuvo por un momento, dubitativo. Quizá si se hubiese visto desde fuera se habría gritado a sí mismo que saliese corriendo de allí, pero no podía hacerlo y además estaba él solo, o eso creía. Con una indiferencia espesa que le nublaba las ideas abrió la puerta de un tirón.

En el techo, colgado de una viga ornamentada que cruzaba la habitación, pendía el cuerpo de un anciano ahorcado con una sábana. Su lengua, morada e hinchada, asomaba de la boca en un gesto final de burla que no cuadraba con la expresión de espanto absoluto en sus ojos. Como la mayoría de los suicidas, había hecho mal el nudo y, en vez de desnucarse de inmediato, la tela se había cerrado sobre su garganta de forma que se había asfixiado de manera lenta y atroz. Sin embargo, no había el menor rastro en sus manos de que hubiese luchado por liberarse, pese a que su instinto de supervivencia tendría que haberle obligado a ello.

El hombre se fijó en todos esos detalles de manera ausente, amortiguada la consciencia por una nube espesa que cada vez resultaba más difícil de traspasar. Antes de salir de la habitación miró por la ventana y pudo ver las casas del otro lado de la calle, iluminadas y llenas de calor. No le sorprendió ver que en la segunda planta del chalé de enfrente las cortinas chorreaban algo que solo podía ser sangre y que dos viviendas más

allá había un par de sombras tendidas sobre el césped, en un abrazo extraño y algo macabro. Todo aquel tranquilo y confortable barrio guardaba silencio. El silencio propio de un lugar donde, aparte de él, no quedaba nadie vivo.

Cerró la puerta con delicadeza y bajó las escaleras de forma pesada. Se derrumbó en el sofá, sin ser consciente de que llevaba un buen rato llorando. El intenso olor a lejía le provocó un ataque de tos repentino que le dobló por la mitad y le tuvo un buen rato tosiendo hasta que consiguió recuperar el control. Se pasó el dorso de la mano sobre los labios y solo entonces se dio cuenta de que estaba manchado de sangre. El sabor salobre le inundaba la boca y escupió en el suelo con repugnancia. Era evidente que algo no iba bien, pero no podía pensar con claridad. Además, estaba tan cansado... ¿Y dónde estaba su camisa?, ¿dónde su chaqueta? En algún punto se había desnudado de cintura para arriba, pero no era capaz de recordar cuándo lo había hecho. Frunciendo el ceño, pensó que tenía mucha sed. En un gesto automático estiró la mano hacia el cuerpo de la mujer del piano y le arrebató la botella de lejía de entre los dedos tibios. El cuerpo aún no se había enfriado, le dio tiempo a pensar. Quizá si hubiese llegado un rato antes...

Daba igual. Estiró la otra mano hasta encontrar el mando a distancia y encendió el televisor. Zapeó entre varios canales—algunos no se veían, pero ni siquiera reparó en eso— hasta encontrar el especial navideño de la primera casa en la que había entrado. Un coro de niños cantaba el *Adeste Fideles* con voz angelical mientras el esforzado director daba la espalda a la cámara. Seguramente aquel programa se había grabado con semanas de antelación, pero al hombre le daba igual. El sonido de otras voces humanas le reconfortaba y le hacía más fácil aquel momento. Aquel maravilloso momento. Por fin lo entendía todo. Por fin era capaz de verlo. Como aquella mujer. Como todos los vecinos de aquella calle. Qué pena no haber llegado unas horas antes.

Le dio un largo sorbo a la botella de lejía y sintió cómo de inmediato el ácido le quemaba las paredes de la garganta. Su

glotis se cerró de manera espasmódica, pero él se obligó a dar un nuevo y largo trago, y después otro más hasta que la media botella que tenía en las manos acabó casi entera en su estómago. El coro le arrullaba y con sus últimas fuerzas subió el volumen del televisor al máximo mientras apuraba el contenido de la botella.

Al final, el dolor le hizo retorcerse sobre sí mismo y un aullido escapó de su garganta quemada. Trató de enfocar la visión, pero era cada vez más borrosa y un incendio atroz se desataba sin control en su interior. Se desplomó en el suelo y empezó a agitarse sobre la alfombra mientras por dentro el ácido le devoraba lentamente y un bramido de motores comenzaba a escucharse en la lejanía.

Y en medio de los estertores, su boca ensangrentada sonreía satisfecha.